

CAPÍTULO IV

NUEVOS INTERMEDIARIOS CULTURALES Y CONFIGURACIÓN DEL SENTIDO COMÚN DE LAS CLASES MEDIAS URBANAS ARGENTINAS

VIEJOS Y NUEVOS IMAGINARIOS SOCIALES EN TORNO A LA SOCIEDAD ARGENTINA

SECTORES MEDIOS Y MEDIOS

¿Qué ve la gente cuando mira televisión? ¿Mira lo que quiere mirar o ve lo que le imponen? El análisis de los *focus groups*⁶⁹ permite visualizar que existe una relación de interdependencia entre lo que la gente dice acerca de la realidad y lo que los medios le dicen sobre la realidad. Ese momento de articulación entre uno y otro se produce en relación a ciertos núcleos, tópicos o saberes consolidados. Cuando los medios aluden a estos, se establece el vínculo con la audiencia. En nuestro caso particular nos ha interesado –luego de analizar minuciosamente los programas clave del periodismo político y de dar cuenta de “nuevos” programas y “nuevos” periodistas– abordar las representaciones sociales de las clases medias, en relación a imaginarios y mitos sociales que

69 Hemos realizado el trabajo de campo cualitativo con el apoyo de Moiguer y Asociados a través de los siguientes profesionales: la licenciada Marita Soto, semióloga, docente de Ciencias de la Comunicación (UBA), directora de Laboratorio de Construcciones Marcarias, y Fabián Czajka, sociólogo (ejecución de proyectos). Ambos *focus groups* estuvieron conformados por dos grupos de 6 personas cada uno, de ambos sexos, de entre 30 y 55 años, de sectores medios y medios bajos habitantes de Capital y Gran Buenos Aires. Los grupos se reunieron el 26 y 28 de junio respectivamente, en un contexto sumamente crítico para el país porque coincidió con la brutal represión policial a movimientos piqueteros que se proponían ingresar a la Ciudad de Buenos Aires por el Puente Pueyrredón, situado en el límite sur de la Capital.

hicieron a una identidad argentina y que han comenzado a caer hace un tiempo pero que, a partir de los acontecimientos míticos del 19 y 20 de diciembre, lo hacen trágicamente. Como hemos venido desarrollando, nos interesa precisar los procesos sociales que sostienen determinadas prácticas. Así, esas cristalizaciones, esas formas de razonar y de hacer razonable la realidad –lo cual dista mucho de lo racional, como diría Garfinkel siguiendo a Schutz– las hemos pensado en términos de sentido común. Al entrar en crisis determinados procesos sociales de larga duración, sostenemos que comienzan a diluirse ciertas formas de representar a la Argentina, y aparecen otras para representar el nuevo horizonte, al día de hoy poco preciso. Es importante recordar que todos estos procesos socioculturales que se plasman en el plano subjetivo no son conscientes ni voluntarios. Dicho en forma sencilla, podríamos decir que “la gente hace lo que puede” consigo misma y con el mundo. Para comenzar nos parece necesario hacer algunas precisiones conceptuales que fundaron el trabajo de campo cualitativo y que acompañan las expresadas en capítulos anteriores.

Cuando hablamos de sentido común hacemos referencia a prenociones del pensamiento ordinario que hacen que las cosas sean tales y que el mundo presente un orden y aparezca no cuestionado.

En otras perspectivas de corte semiótico se habla en términos de *lugar común* como la expresión con la que señalamos un motivo cristalizado de la cultura que opera y es eficaz en términos de su redundancia (*topoi, common place, pattern*).

Las posiciones sobre el fenómeno son, en numerosos casos, contradictorias: desde aquellas que lo vinculan sólo como un mecanismo repetitivo hasta aquellas que lo trabajan como un nexo articulador en el discurso político, literario o artístico. El paradigma racionalista lo ubica y define en un espacio desvalorizado y lo analiza desde una lectura cognitivista y externa (representa sólo una manifestación de la *doxa* como conocimiento incuestionable y externo al individuo).

Las miradas nuevas sobre el tema, en cambio, le otorgan características y funciones que lo habilitan como nexo articulador (lugar intermediario) y, por lo tanto, vinculante entre propuestas nuevas –en el camino persuasivo de todo discurso político– y una serie de proposiciones aceptadas.

Desde estas perspectivas nuevas en el *lugar común* se presentan algunos rasgos a tener en cuenta para una interacción posterior: creatividad, apertura, capacidad de negociación, fuerza instituyente.

Sostenemos que abordar los lugares comunes, las frases de sentido común, donde no opera la reflexión, es un modo de abordar la operatividad de la hegemonía en el corto y largo plazo. ¿Cómo se reacciona ante determinados estímulos? ¿Qué sensaciones y significaciones

aparecen asociadas a determinados estímulos (selección de imágenes referidas a los temas focalizados por el estudio)?

Desde el trabajo realizado y en el marco de la perspectiva señalada en los grupos de indagación operativa se observan:

- la presencia de diferentes tipologías de *lugares comunes* (corta/larga duración, mayor/menor intertextualidad; mayor/menor “censura preventiva” por parte del conjunto de individuos que lo aceptan, soporte oral/soporte mediático, segmentación social, etcétera);
- la escasa o nula interacción entre los participantes cuando la conversación social se transforma en *emisión de lugares comunes* y, por lo tanto, la escasa o nula transformación de los actores en el intercambio;
- la polarización de las posiciones adoptadas y, por lo tanto, la imposibilidad de que aparezcan matices, contradicciones, titubeos, modificaciones en el intercambio (Cuadro 37).

En los *focus groups* hemos abordado la manifestación de frases de sentido común, de *lugares comunes* en la conversación informal, teniendo en cuenta el devenir de fines de 2001 y el transcurrir de 2002 en torno a cómo las clases medias empobrecidas procesaban la crisis que estaba aconteciendo. Casi “sin querer”, sin proponer consignas motivadoras ni hacer preguntas, la gente hablaba sobre el país, los culpables de “nuestros males”, qué es y qué era la Argentina, las opciones, la vida cotidiana, las promesas, el pasado y el futuro, los sucesos de diciembre de 2001, la televisión y su vínculo con los periodistas. Estas dimensiones estuvieron atravesadas por la necesidad de analizar el vínculo entre representaciones sociales y medios, razón por la cual el disparador de estos temas fueron imágenes de programas televisivos de “todos los días”, al menos de quienes lideraban la opinión televisiva, como las figuras de Daniel Hadad y Jorge Lanata, sobre quienes hablamos en puntos anteriores. Estas parecían dividir imaginariamente a la sociedad como la identificación con clubes de fútbol.

Como se señala en el Cuadro 38, hay un mito clave en el imaginario de la sociedad argentina expresado en las clases medias convocadas que es el de “la Argentina es un país rico que se empobreció”.

Si bien los entrevistados insisten con este discurso, en general se observan reflexiones en torno a esta frase. Se discute entonces acerca de qué significa ser rico; si se es rico por los recursos naturales y potencialidades⁷⁰, entonces se puede afirmar este viejo oxímoron, pero si

⁷⁰ Los recursos naturales, la tierra fértil para producir alimentos y la belleza de los paisajes naturales aparecen como atributos a ser explotados para la economía y el turismo.

hablamos de los sujetos que habitan en él, el país ya no es rico, en todo caso lo era. Si la Argentina era entonces un país rico, surge la necesidad de definir qué es ahora, lo cual aparece como casi imposible. No hay palabras que permitan a estas clases medias empobrecidas definir qué es la Argentina hoy. Las imágenes que transmitieron los medios sobre los saqueos y la violencia en general en los acontecimientos de diciembre de 2001 parecen haber impactado fuertemente en el imaginario de las clases medias. A partir de diciembre parece haberse corrido un velo sobre el conjunto de los sectores medios. “Antes no se veía”. Algo se comenzó a ver y empieza a reconocerse que la pobreza, fenómeno pensado como novedoso, existía hace ya un tiempo largo (Cuadro 39).

Cuando se dice que no se veía, en realidad lo que se dice es que no se veía en Buenos Aires. Esto sería lo novedoso. Se acepta que la pobreza acompaña al país y al interior hace ya mucho tiempo. ¿Qué impacto tiene que la pobreza se vea en Buenos Aires? Buenos Aires ha sido visualizada históricamente como una vidriera hacia el mundo entero, como si lo de que pasa en el interior nadie se enterara: lo importante finalmente es lo que se muestra desde esta ciudad. Así se instala otra frase para dar cuenta de la Argentina actual, “la Argentina dividida” (Cuadro 40). Si bien esto no es nuevo, ya que alude precisamente a esta dicotomía entre el desarrollo de la ciudad de Buenos Aires y el resto del país, reaparece para dar cuenta de la desigualdad social. Ahora la fractura no es entre un Buenos Aires rico y el resto pobre sino que el cerco es otro, está adentro y está en todas partes.

Se alude a esta fractura en el país cuando se intenta explicar qué pasó el 19 y 20 de diciembre. En relación a los actores de la protesta y sus motivos, se manifiesta una actitud contradictoria. Por un lado, los entrevistados expresan su alegría ante la actitud activa y participativa de las clases medias, en consonancia con los discursos mediáticos que de manera insistente se encargaron de cristalizar esa imagen de espontaneidad en las movilizaciones de las clases medias, pero también recurren a la metáfora de la división/fractura, efecto de la permanencia de un modelo social crecientemente excluyente y que obtura canales de comunicación entre las distintas clases sociales. Esta clase media empobrecida, que en un primer momento celebra la participación callejera repitiendo automáticamente las palabras de los medios de comunicación, luego intenta diferenciarse. Para descalificar la protesta se recurre a una frase de sentido común que expresa desconfianza frente a la bondad de la acción: “salieron porque les tocaron el bolsillo”, “eran de Palermo, Caballito, Belgrano, Recoleta”⁷¹, quizás también apelando

71 Barrios de clase media alta de la Capital Federal.

a ciertos discursos intelectuales anti-clase media que tienden a idealizar las prácticas de las clases populares.

Si tradicionalmente el imaginario de clase media incluía prácticamente al conjunto de la sociedad argentina, hoy los sujetos sociales ya no se perciben como formando parte de un colectivo homogéneo: comienzan a establecer divisiones sociales y, fundamentalmente fronteras (Cuadro 41). Efectivamente, el imaginario de país de clase media ha desaparecido, y en su reemplazo aparece un país segmentado, fracturado. La representación de la división social para los sectores medios empobrecidos estaría dada en, por un lado, la clase política, en su mayoría corrupta y, por otro, en sectores de la sociedad que han acumulado dinero en esta última década. La acumulación de la riqueza se expresa en un estilo de vida fastuoso y exhibitivo, producido por la participación en actividades económicas no del todo transparentes (coimas, negociados, corrupción, prebendas, “timba” financiera) que genera un enriquecimiento vertiginoso, el cual permite formar parte de un espectro social legitimado fundamentalmente por el dinero, que en su mayor parte no se ha obtenido trabajando. Este espacio social de poder está conformado por empresarios, la “farándula televisiva”, la política y por sindicalistas corruptos. En el otro espacio social se encuentran los que trabajan y, por sobre todo con esfuerzo. Y más abajo están los que no trabajan y no realizan ningún esfuerzo por hacerlo; no tienen voluntad. En este paradigma se sitúa la clase media empobrecida, golpeada por la desocupación y la economía informal (Cuadro 42). Si bien estos sectores establecen una distancia con aquellos que hicieron dinero sin esfuerzo –cuestión fundamental para definir su *ethos*– se colocan también a cierta distancia de quienes se encuentran más abajo en la escala social. Sin embargo, según los valores preexistentes comienzan a visualizarse fenómenos de reconocimiento de los pobres y en algunos casos de los pobres que forman parte de los movimientos piqueteros, fenómeno novedoso para cierta clase media de tono moral. De todos modos, a estos sectores sociales les cuesta reconocer que quienes están más abajo también trabajan y lo hacen con esfuerzo. Lo que se pone en evidencia es una profunda dificultad para comprender la desigualdad social emergente.

Sin embargo, a las clases medias –como podemos verificar en los cuadros y gráficos– les preocupa fuertemente la cuestión del desempleo (Cuadro 43), problema al que colocan en primer lugar y que atraviesa a un porcentaje importante de la sociedad. Asimismo, reconocen que en el marco de esta sociedad empobrecida, donde ellos también se han empobrecido, se hace cada vez más difícil progresar. Cuestiones tales como la falta de perspectivas, la imposibilidad de pensar en el futuro, un profundo sentimiento de frustración, los lleva a recuperar sus antiguas identidades de origen a través de la obtención de los trámites de ciudadanía extranjera. Los entrevistados en general han sacado sus ciu-

dadánías de origen o están pensando en ello. Si para un sector el progreso está depositado en la obtención progresiva de objetos materiales a lo largo del ciclo vital (electrodomésticos, la casa y el auto, el confort hogareño, “hacerse un viajecito”, etc.), en otros está puesto en estudiar, en obtener credenciales educativas.

Sin embargo, en la actualidad, la amenaza del desempleo y el alto costo de vida generan incertidumbre y dificultan el logro de estos anhelos formulados en ambas direcciones. En este punto también se resquebraja otro mito argentino, el de “mi hijo el doctor”, porque se sabe que un título universitario no es garantía de ascenso social. Como comprobamos en la encuesta, los entrevistados jóvenes asumen que su situación social es inferior a la de sus padres, con lo cual confirman en el plano subjetivo lo que desde los estudios cuantitativos se viene afirmando, la existencia de un proceso de movilidad social descendente. Ante la dificultad de nombrar a los de más abajo en la escala social, se los coloca en un universo diferente como si existiera un cerco. Detrás de ese cerco están los pobres que se convierten en delincuentes, en algunos casos los inmigrantes de países limítrofes y el movimiento piquetero. Los que están más abajo conforman el universo de lo temido.

Pero como uno de los fundamentos de la existencia de las clases medias es el discurso moral⁷², se pretende salvar esta lógica excluyente afirmando que la pobreza “antes” era distinta; los pobres se imaginan como menos “malos” y menos identificados con la delincuencia. La pobreza no aparecía como amenazante. Ese antes aparece como impreciso, y también este tipo de afirmación constituye un enunciado de sentido común, que todos parecen entender pero nadie puede explicar. ¿En qué se diferencia la pobreza actual con un antes, y cuándo podemos situar a ese antes? Una de las cuestiones a las que se alude y que mencionábamos más arriba para definir un *ethos* de clase media es la cuestión del trabajo con esfuerzo. Los pobres actuales no tendrían incorporado como valor la llamada “cultura del trabajo”. Lo cual muy probablemente sea cierto, si cotejamos esta falta con el alto porcentaje de jóvenes y no tan jóvenes desocupados, subocupados y/o pertenecientes a la economía informal cuya situación describiéramos en cifras en la primera parte del libro. Estos jóvenes permanecen en un trabajo por espacios irregulares (en el caso de conseguirlo), desconocen los derechos laborales y, más aún, la sindicalización, otrora esenciales y distintivos en las clases trabajadoras argentinas. Es decir que si hay algo que diferencia a las clases medias de las clases populares *ex* clase obrera es la existencia

72 En *La distinción* (1984) Bourdieu establece una distinción entre las clases medias-medias, fundadas en un discurso de la voluntad, y las viejas clases medias, en las que prevalece el discurso moral.

de un conjunto de valores y de saberes que les permite readaptarse a la crisis y subsistir dignamente. En los entrevistados se pueden observar ejemplos de nuevos “empleos” también vinculados a la economía informal, como el de “remisero”⁷³ para los hombres, y vendedoras de purificadores de agua, cacerolas o ropa a domicilio para las mujeres. Así, la clase media, inclusive aquella que tiene un nivel educativo universitario, acepta con dolor realizar trabajos de menor “valía” para subsistir, y acusa a quienes están más abajo de “no querer trabajar”. Este imaginario del “rebusque” o la “creatividad” lo hemos detectado en ciertas notas que se elaboran en el noticiero “Telenoche”, de Canal 13, en las cuales se puede traslucir el siguiente mensaje: “no todo es negro, siempre hay una salida y podemos vivir felices”. Es muy común mostrar en dichas notas a los sujetos que siendo profesionales subsisten haciendo jugos en la calle con una sonrisa. El mensaje también se funda en el sentido común de que no hay que ser ambicioso y que la felicidad se encuentra en las pequeñas cosas de la vida. En consecuencia, se manifiesta en estas notas un tono terapéutico, como si la crisis hubiera ayudado a estos sujetos a descubrir una vocación oculta. En esta articulación entre el discurso televisivo y cierta moralina de la clase media se construye un imaginario de la resignación que contribuye a paliar el conflicto social que subyace en estas “nuevas” prácticas sociales, potenciando las diferencias con quienes están más abajo en la escala social.

Sólo en ciertos momentos de torpeza política estas diferencias se diluyen, pero en ese sentido el gobierno de Duhalde expresa una gran habilidad para establecerlas nuevamente. Nos referimos en particular a la adhesión masiva que produjo en el conjunto de la sociedad el cuestionamiento al accionar policial que terminó con el asesinato de dos militantes piqueteros (Cuadro 44). Días después se produjo una gran movilización popular a la Plaza de Mayo pidiendo justicia, situación a la que se sumaron la prensa y los medios televisivos en general, ya que su presencia fue central en la determinación de la culpabilidad de la policía. Sin embargo, el presidente Duhalde volvió a tomar el timón, llamó a elecciones generales y en la provincia de Buenos Aires comenzó un largo conflicto con la policía bonaerense a partir del repudio generalizado a su accionar y a las medidas que el gobierno provincial dispuso para investigar el caso (Cuadro 45). En ese contexto, el miedo y la inseguridad volvieron a dividir a la sociedad a través de noticias cotidianas sobre secuestros en los que se comprobó la participación de miembros de la policía bonaerense en consonancia con sectores del menemismo.

73 Desconozco la existencia de estudios sobre el crecimiento desmedido de los remiseros, pero en general, en conversaciones, se puede apreciar que hace unos años atrás estos hombres de más de 40 años, y en particular de más de 50, tenían un empleo en relación de dependencia, ya sea en el Estado o en empresas nacionales.

Otro recurso frecuente que funciona en momentos de conflictividad social e ideológica es la apelación a la identidad nacional, que acompaña el discurso contra las identificaciones políticas y la política en general. Se apela a la bandera argentina como prenda de paz. Podemos recordar que ese recurso fue muy utilizado durante el último campeonato mundial de fútbol en las publicidades, en un contexto de una profunda recesión económica y de crisis política. También se recuerda que el 19 de diciembre, la gente salió con la bandera argentina, “sin banderas políticas”. Este tipo de razonamiento, tan repetido a lo largo de la historia argentina, aparece frecuentemente en los intermediarios culturales que estuvimos analizando, tanto en el caso de Lanata como en el de Hadad, aunque con remates ideológicos diferentes. El primero enfatiza la cuestión de la ciudadanía, y el segundo la nacionalidad como recurso que iguala y equilibra las diferencias internas y nos diferencia de los otros, pero se apoya en un recurso de corte xenófobo e intolerante. El uso que se hace de la nacionalidad, como contrapuesta a banderas políticas, rememora el uso que los militares han impuesto en la sociedad argentina hace ya largos años y que fue consolidado con la última dictadura militar. Este discurso ha contribuido a vaciar de sentidos ideológicos a la política y suponemos que incide en la dificultad de nuestra sociedad para establecer identificaciones con un espacio u otro de las ideologías. Así se acude a un recurso de sentido común para establecer diferencias entre Hadad y Lanata (Cuadro 46), pero nadie puede explicar demasiado qué significa izquierda y qué significa derecha. Las clases medias empobrecidas expresan aceptación o rechazo por una u otra ideología, pero manifiestan cierta incapacidad para reflexionar y relacionar cada significante con significados precisos. La política en este imaginario antipolítico es necesariamente sectaria y no representa el interés general.

Esta dificultad revela no sólo el éxito cultural de la dictadura, sino también una profunda desinformación y despolitización de la sociedad. En muchos casos, si bien expresan preferencias por uno y otro que no siempre pueden precisar más allá del “me gusta más o menos”, manifiestan que ambos constituyen formatos televisivos producidos por nichos de mercado. En el mundo representacional de los sectores medios aparecen estereotipos de “ser de izquierda” y estereotipos de “ser de derecha”, pero se constituyen a partir de impresiones y formatos; no se pueden verbalizar. Los estereotipos ideológicos se expresan a través de imágenes, usos del cuerpo y gestos, más que en términos de una racionalidad sustantiva. El vaciamiento cultural producido en las últimas tres décadas en la Argentina se manifiesta en la dificultad de producir argumentaciones ideológicas, recurso posible como consecuencia de la práctica y la lectura políticas. En este tipo de afirmaciones, así como en el reconocimiento de que “todo ahora se ve más”, los entrevistados

expresan la acumulación de muchas horas de consumo de medios. La audiencia parecería conocer la lógica mediática y establece un vínculo que no supone adhesión ni identificación plena sino conocimiento de las reglas del juego de los medios, en particular de la televisión.

Los sectores medios acusan permanentemente a los políticos de todos los males que atraviesa la sociedad argentina; son los depositarios de nuestra desgracia; y junto con los políticos son descalificadas las instituciones de la democracia y su funcionamiento. En este punto reiteran un discurso que ha tomado presencia también en la derecha mediática, en un sentido maniqueo, que es el costo de la política, el interrogante acerca de la necesidad o no de puestos en las instituciones de la democracia. En fin, las clases medias se hacen eco de estas ideas, sin quererlo y expresando contradicciones respecto del discurso contra el Estado, con el cual viene insistiéndose en nuestro país desde los años de la última dictadura. Curiosamente, ha sido la existencia de un Estado la que facilitó la existencia de las clases medias.

Asimismo, se verifica el poder de la derecha mediática en conformar ciertas configuraciones de sentido común en relación a la descalificación insistente de la democracia en general. Ello aunque Hadad, su principal exponente, cuando insiste acerca de la inutilidad de funcionarios de instituciones del Estado y del sistema político democrático, inmediatamente se propone recordar a la audiencia su fidelidad al sistema democrático, ya que como abogado no puede sino respetar la ley. Esto fue muy elocuente en los días previos a la renuncia de De la Rúa, donde en el programa se insistía en la necesidad de que renunciara, e inmediatamente Hadad decía “no van a pensar que soy golpista, eso está en la Constitución”. En todo caso, lo que pone en evidencia es, por un lado, la eficacia de la palabra mediática para reforzar creencias ya existentes en la sociedad argentina que son reflatadas en momentos de crisis y, por otro, la dificultad de la política en esta democracia y con estas instituciones para representar a la sociedad y sus demandas. Esto parece importante, ya que las clases medias hablan de los políticos como si se representaran a sí mismos y no manifestaran ninguna preocupación por sus problemas cotidianos.

“Los políticos han engañado a la sociedad” constituye una frase repetida casi de manera irracional. Y así, lo que aparece deslegitimado es el sistema democrático existente en la sociedad desde 1983, ya que esta afirmación viene acompañada de la acusación a los políticos de empobrecer a la sociedad. “Los políticos se roban todo”. Al hacer esta afirmación se pone en un segundo plano la dinámica económico-política del régimen de acumulación existente. Como hemos señalado antes, los políticos constituyen el chivo expiatorio y el objeto de la burla social de gran parte de los programas televisivos.

La crisis que pretendimos desplegar a través de informes y datos cuantitativos en la primera parte no sólo se manifiesta en términos materiales, sino en cómo la gente piensa el modo en que vive. En las entrevistas realizadas se percibe que las clases medias revelan profundas contradicciones en ese sentido. Ante la dificultad de pensar, lo único que pueden hacer en una vida cotidiana que se les presenta como caótica es sentir e imaginarse que en otros lados, otros países, difíciles de precisar, se vive mejor. Los sentimientos que expresan son: tristeza, desesperanza, frustración, engaño, trampas, falta de futuro (Cuadro 47).

Si los acontecimientos del 19 y 20, como decíamos, permitieron ver la pobreza, el “manto de olvido” sobre la represión policial que se desplegó, en particular el segundo día, aparece velado (Cuadro 48). Cuando los entrevistados aluden al día 20 no hablan de represión; se habla de caos, confusión. Como sabemos en la Argentina, la apelación al caos es un recurso de la derecha para imponer autoridad y poner coto al conflicto social en general, y en particular al emergente el día 20. Es evidente nuevamente que se recuerda a ambos días en el modo en que los nombraron y conceptualizaron los medios: los saqueos como un fenómeno organizado y premeditado y los “cacerolazos”⁷⁴ posteriores al discurso de De La Rúa decretando el estado de sitio como espontáneos (Cuadro 49). Así como se asocia al hecho de que la gente salió sin banderías políticas esta idea de “espontaneidad”, y la insistencia con que se lo hizo también alude a esta cuestión. Se parte de la creencia de que las clases medias no están dirigidas ni organizadas por nadie, a diferencia de los pobres, a los que se asocia a movimientos piqueteros o activistas políticos (Cuadro 50). Unos u otros, sin distinciones de ideologías ni posturas políticas para este imaginario antipolítico, estarían detrás de los pobres que impulsados por necesidades primarias, puramente bestiales –parafraseando a periodistas como Llamas de Madariaga o Hadad– actuarían en un plano de prerreflexión; no razonan ni actúan por su voluntad, están manipulados (Cuadro 51).

En relación a las consecuencias del “estallido” y en particular en relación a la pregunta acerca de si se logró algo en términos prácticos luego del cacerolazo mítico, los entrevistados revelan un profundo escepticismo. A mediados de 2002 la situación social ha empeorado, no se avizora un futuro para las familias, y la pregunta que queda flotando es qué ha cambiado en la Argentina. En esta respuesta se apela también a frases mediáticas, de Hadad fundamentalmente, proclive a hacer anuncios y diagnósticos que no admiten contradicción ni discu-

74 Los “cacerolazos” de las clases medias chilenas fueron conocidos como una práctica no precisamente democrática. Tenían como propósito incidir en el derrocamiento del gobierno socialista de Salvador Allende.

sión. “La pobreza es consecuencia de la Argentina devaluada” sostiene Hadad con grandilocuencia para confundir a la sociedad. Es tal el sentimiento de derrota que manifiestan estas clases medias en relación al devenir del año que el Mundial de Fútbol, ocurrido hacia junio, aparecía como el salvador de la alegría, y los jugadores de fútbol como una suerte de políticos que ponen en juego el destino del país. Pero lamentablemente, estos también defraudan a la sociedad en la perspectiva de los entrevistados.

La percepción es la de estar habitando una sociedad en estado de descomposición, sin valores ni respeto por el otro, con un tejido social roto, “el diferente se convierte en tu enemigo, tu vecino también puede convertirse en tu enemigo”.

Una profunda desilusión generaba en los entrevistados asociar a la Argentina con la idea de pobreza, ya que esta cualidad la colocaba en la categoría de atrasada y premoderna. Esta relación con algo del pasado y perimido se trasmite cuando se habla de los cartoneros, lo cual revela una forma curiosa de nombrar a estas nuevas formas de explotación social, ahora extendidas a gente que no siempre ha sido pobre. También se habla de hambre, que aparece como inaceptable en términos de pensar al país como moderno o atrasado. El reconocimiento del hambre y la desnutrición coloca a la Argentina en el lugar de países como la India. Sin embargo, asumir finalmente este costado no les impide insistir en la diferencia. La Argentina es pobreza y hambre ahora, pero también sigue generando recursos, sus habitantes participan en concursos de ciencia, matemática, medicina, etc., y ganan. En un momento en que se tiene la sensación de vivir en un país saqueado los sectores medios apelan al patrimonio cultural, al capital cultural, a un recurso que han construido a lo largo de su historia y que les da identidad. También pretenden revelar su modernidad en el discurso sobre la mujer (Cuadro 52), el reconocimiento de la igualdad de oportunidades y la tecnología, como puerta de acceso al mundo.

